



Más cuentos para compartir

Mi pulga inquieta
y otros cuentos



Gloria Joray



HESPÉRIDES



Gloria Joray nació en la ciudad de La Plata. Siempre vivió en Berisso, ciudad cosmopolita, en donde estudió y formó su familia.

Participó en 2015 y 2016 en los Torneos Bonaerenses, en Cuentos de Adultos, resultando las dos veces finalista en Berisso y participando en Mar del Plata en 2016. Asimismo, intervino con el relato “El galponcito” en el libro que reunió a cien autores berissenses “El espíritu de Berisso”. Forma parte del grupo Encuentro de Poetas en la Isla Paulino.

Ha publicado en 2013 “Cuentos para compartir. El sapo en la zapatilla y otros cuentos”.

Sigue estudiando y leyéndoles a los niños, con la esperanza de sembrar en ellos la misma curiosidad que siempre la motivó a leer. “Conocer historias, biografías y pensamientos de quienes hacen de la literatura un arte accesible a todos, fácil de transportar y compañero de viajes, salas de espera, días de lluvia”, afirma la autora.

Más cuentos para compartir

Mi pulga inquieta
y otros cuentos



Colección
LA PUERTA DEL PRÍNCIPE

Gloria Joray

Más cuentos para compartir

Mi pulga inquieta
y otros cuentos



La Plata, 2017

Joray, Gloria

Más cuentos para compartir : mi pulga inquieta y otros cuentos /
Gloria Joray. - 1a ed. - La Plata : Hespérides, 2017.

72 p. ; 21 x 15 cm. - (La puerta del príncipe / Cipolla, Pablo Javier)

ISBN 978-987-1844-43-2

1. Cuentos Infantiles. I. Título.
CDD 863.9282

Ilustración de portada: Melina Gago

© 2017 Gloria Joray

2017 Ediciones Hespérides

Calle 62 N° 119 PB 1 (1900) - La Plata, Argentina

+54 221 497-9546

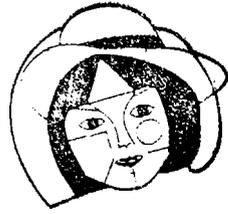
edhesperides@gmail.com

f: Ediciones Hespérides

www.edicioneshesperides.blogspot.com.ar

Impreso en Argentina

No puede reproducirse ninguna parte de este libro por medio alguno, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación, sin permiso del editor.



A mis nietos:

Nicolás

Celine

Jazmín

Catalina

Melina

Emma

Juliana y

Celeste,

es por ellos que retomé el verdadero camino de la infancia: recuperé la risa porque sí, aprendí a jugar y me reconcilié con el ocio. Gracias, mis amores.

UN RECREO DE DOS CUADRAS

Llegaba fin de año. Era la fecha al acto del jardín de Melina, en un teatro tradicional de la ciudad, con la familia de los alumnos como entusiasta público. Melina bailaba, con sus compañeritas de sala, música brasilera. Mucha danza y alegría en el escenario. Mucho color. Muchos aplausos desde la platea.

Después de la fiesta, alegre y emotiva, algunos familiares volvieron al trabajo. La mañana oscilaba entre llovizna y sol. Las veredas estaban un poco mojadas. La mamá de Melina le cambió la ropa de bailarina de comparsa y le puso remera, calzas y sandalias blancas. Un primor.

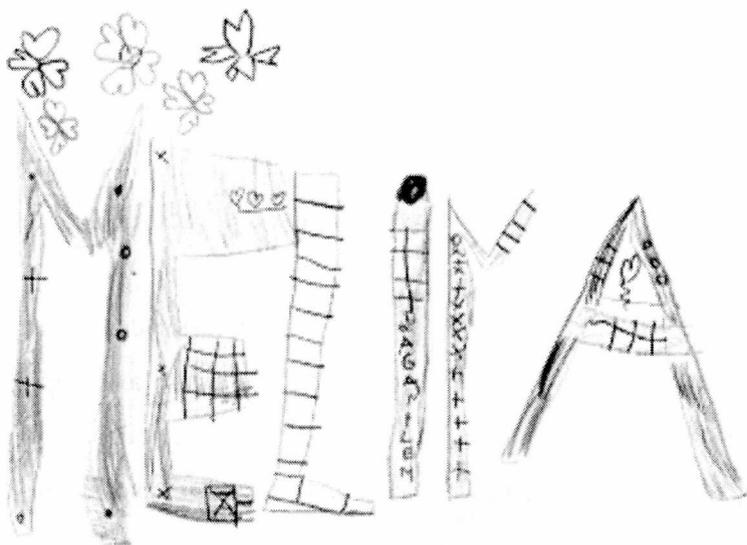
Meli, su mamá con panza de ocho meses de embarazo y la abuela, fueron a comer a una casa súper famosa, en donde todos los comensales, sentados bastante ajustaditos, gozaban de los mismos menús. Lue-

go de almorzar, para volver a la casa, viajaron en un colectivo que las dejó a dos cuadras su hogar.

Al descender llovía bastante. No tenían paraguas. ¿Esperar o caminar bajo la lluvia? ¿Esperaban a que pasara ese chaparrón? Hicieron un esfuerzo y decidieron seguir. Melina con sus tres añitos estaba muy feliz.

Tomada de la mano de mamá y de la abuela, saltaba cada charquito de esas dos cuadras de calle de tierra. La risa de Meli era contagiosa. Las tres empezaron a reír.

La ropa blanca de Melina quedó manchada con



el agua de los charcos. “¡A bañarse, Meli!”, anunció Marisol, la mamá. En la bañera, los coloridos patitos nadaban entre la espuma, rodeando a Melina, a quien ya se le cerraban los ojitos del cansancio.

CUENTO CON FINAL FELIZ

Las hormigas habían formado una familia numerosa, escondidas en el fondo del terreno de una casa de campo.

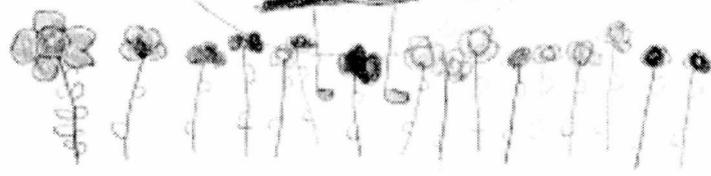
El terreno era tan grande, que los viajes entre una planta y otra llevaban horas. La comida, abundante, en el verano las hacía trabajar mucho, para tener reservas en el invierno. Eran bichitos previsores, solidarios, muy trabajadores, organizados e inteligentes... Bueno, si cabe a estos insectos llamarlos inteligentes.

Cuando ya el otoño se anunciaba, la escuela de las hormigas empezaba a funcionar. Como no podían salir por el frío o por las heladas, se aprovechaba el tiempo para estudiar. A la escuela, ninguna hormiguita faltaba, con su delantal de hojitas variadas.

La señora Carolina, de primer grado, llena de paciencia y cariño para sus pequeños alumnos, los guía-

INDIERNO

Atasim



ba con conocimientos y afecto. Cuando su tiza cruzaba el pizarrón, no sólo escribía las cuentas, también en esos números quedaban los latidos de su corazón. Entonces, los números vibraban cobrando vida y corriéndose de lugar, para que fueran vistos por todas las hormiguitas alumnas.

La hora de la merienda era entretenida. La maestra repartía el pan enterito, banco por banco y, al momento, el pan quedaba cubierto por una nube negra de hormiguitas ansiosas. Como era una comunidad muy considerada, que a todos ocupaba en tareas útiles y entretenidas, a las abuelas, por ejemplo, les propusieron leerles cuentos a los pequeños, lo cual ayudaría en un encuentro de distintas generaciones, para pasar un momento puramente placentero.

Fue así como una de esas abuelas comenzó a leerles a las hormiguitas. En cada encuentro llevaba cuentos diferentes, aunque alguno se podía repetir, a pedido del público menudo. Las hormiguitas respondían a las distintas aventuras con preguntas, con agregados, con aplausos. Y con el tiempo, afortunadamente, el momento del cuento era muy esperado.

Las hormiguitas aprendieron a conocer a los animales de la selva chaqueña, a un elefante que vivía encadenado, a una ballena que fue pescada con un anzuelito, a ver cómo se les agrandaba la boca al hipopótamo y al cocodrilo. Disfrutaron de hadas y de duendes, de un ratón corrido por un gato, corridos por un perro. De un perro que quiso ser oveja, de unas pulgas que viajaron en limusina, de peces a los que les crecieron pelos, de una escoba que defendió la casa de ladrones, de un padre que se durmió mientras les leía un cuento a sus hijitas. También conocieron un oso polar con un gran colmillo. Y a una bruja que bailó en un banquete.

Por eso, las hormiguitas, sabiendo que llegaba el día de la familia, un día de sol brillante, más luminoso que otros días, le dijeron a la abuela lectora, ante el pedido de la seño:

—¿Qué tenemos que decirle a la abuela? —Y como respuesta, surgió:

—¡Te invitamos a tomar el té!

—¡Ah, gracias, muchas gracias! —respondió con emoción la abuela.



Y, así, cuando llegaron las familias de las hormiguitas, todos se reunieron en el comedor de la escuela para tomar el té. Además, muchas cosas ricas salieron de los bolsos de las familias, como por arte de magia. Todos se convidaban con generosidad y desinterés. La abuela miraba asombrada una experiencia inesperada. Una pintura para atesorar.

Al pasar los días, las hormiguitas tan estudiosas y atentas, recibieron una sorpresa. ¿Qué era? La abuela lectora les trajo una torta de naranjas, su torta de naranjas hecha con el mismo amor con que a ella días antes la invitaran a merendar.

Desde ese momento se formó un cuarteto tremendo: alumnos, seño, abuela y cuentos... Con una misión muy posible, pasar tiempo juntos, cobijados en la escuela, mientras el invierno, desde afuera, golpeando con el viento la puerta de entrada, pedía pasar.

EL MOSQUITO QUE SALIÓ EN LA TAPA DEL DIARIO

La familia Mosquito vivía muy feliz a orillas de la pileta que en verano disfrutaba la familia García. Ninguno tenía apuro en buscar comida, pues unos jardineros vinieron a arreglar el parque, y este era un día en que la comida se acercaba a ellos. Así que remoloneaban tranquilos y satisfechos. Miraban cómo los pequeños de la familia trataban de iniciar sus primeros vuelos, aunque con algunos tropezones, entre otros aterrizajes forzosos.

Una tarde, los Mosquito notaron que, además de los jardineros, a la casa habían llegado periodistas, fotógrafos y vecinos, que enojados levantaban las manos discutiendo sobre lo abandonado que se encontraba el barrio. La familia Mosquito se dio cuenta de que el problema lo habían causado ellos y su insaciable de-

seo de comer, claro, a costa de picaduras a humanos y algún que otro animal doméstico.

Así, distraídos los padres con esta preocupación ante una fumigación inminente, el más pequeño de los Mosquito se fue acercando a la acalorada reunión vecinal, y ahí se posó, picando con alma y vida, en una enorme mano, (que tenía unas formidables y succulentas venas), rica como la mejor golosina.

En el momento en que el pequeño se paró en el dorso de la mano, el fotógrafo capturó la escena y el flash asustó al infante zancudo, es decir, al mosquito.



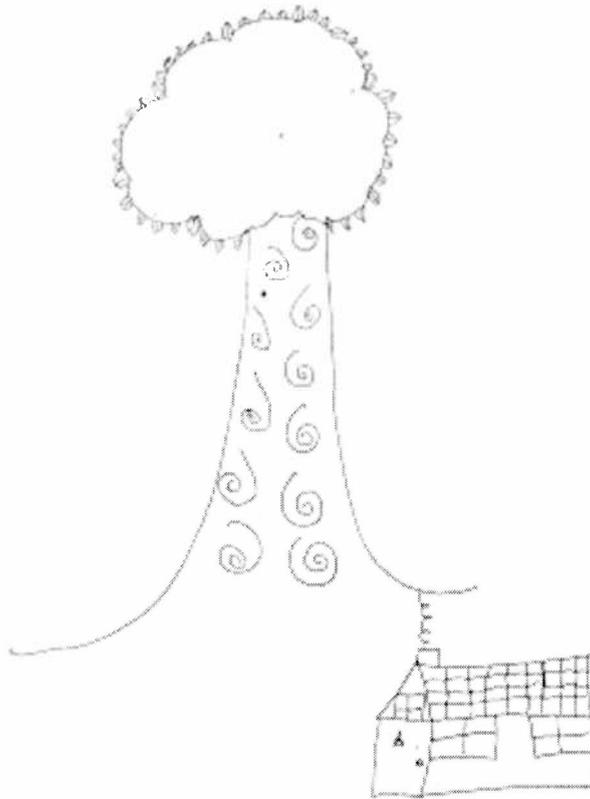
Por suerte para él, pudo escapar porque entre tanto alboroto, la gente lo perdió de vista (era casi transparente).

La familia Mosquito siguió descansando al lado de la pileta, pensando que cerca de ahí una laguna se ofrecía con más apetitosas oportunidades: unas hermosas vaquitas pastoreaban a su alrededor.

Al día siguiente, los dueños de casa le explicaban al carpintero recién llegado cómo querían que instalara los mosquiteros, para evitar que la molesta plaga de bichitos entrara en el hogar. El carpintero puso su valija y su bolso en el suelo y el diario que leería en la hora de descanso.

Los Mosquito se acercaron curiosos, tratando de desayunar (un bocado novedoso). ¡Qué sorpresa se llevaron cuando se apoyaron en el diario para tomar impulso! Ahí, en primera plana, la foto que encabezaba las noticias era la mano del vecino que en la tarde de la reunión tuviera al pequeño Mosquito como ejemplo de que la ciudad, sin duda, estaba siendo invadida por mosquitos.

La risa de la familia y las felicitaciones de todos



los amigos no se hicieron esperar. Tan pequeño, y ya con una historia, en pleno ataque voraz. ¡Lo habían registrado! ¡Una foto lo inmortalizó!

Para celebrar, todos en grupo se fueron a saludar al carpintero que, sin haber leído el diario aún, se había sacado la remera, para tomar sol, mientras comen-

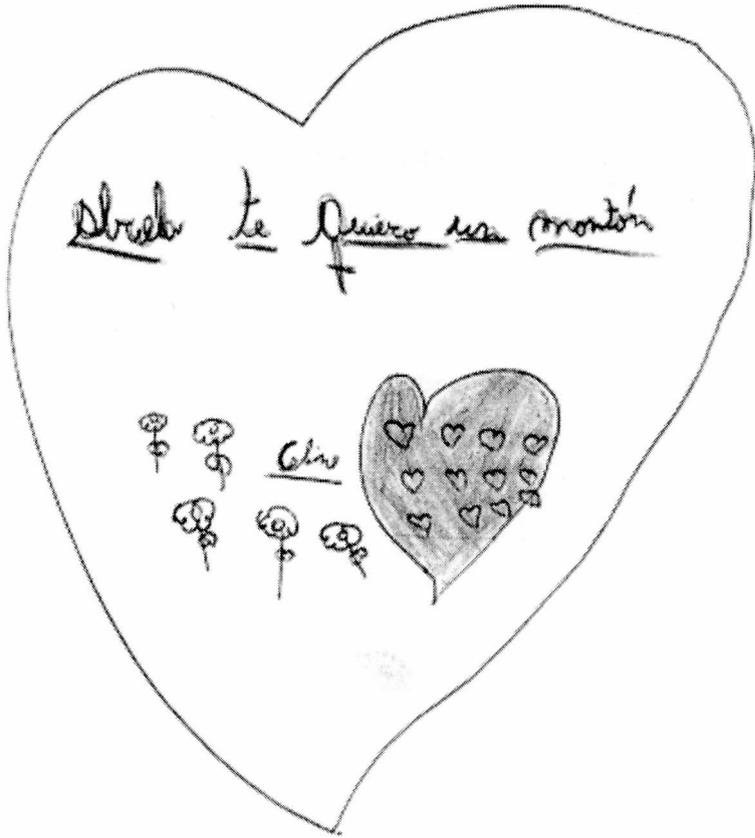
zaba su almuerzo, en el momento de descanso.

Los vecinos aún recuerdan los gritos de ese hombre. No saben por qué salió corriendo hacia la calle. “Ese tatuaje en la espalda no va con la edad de ese señor”, le dijo a su marido la dueña de casa, sin saber que se trataba de cientos de mosquitos pegados en su espalda. A la mujer, que también estaba leyendo el diario, tampoco le fue posible distinguir en la tapa del diario a un habitante de su casa: ¡un insecto! Ese mismo mosquito que junto a su familia hizo correr al carpintero antes de terminar los mosquiteros.

EL OSCURO HECHIZO DE NIMUÍ

Les voy a contar una historia que sucedió en un país muy, muy lejano. Había una vez... una bruja, una bruja de muy antigua escuela, llamada Nimuí, quien arrojó un hechizo poderoso en la aldea que estaba vecina al bosque en donde ella vivía. Y sólo fue porque se enteró de que se iba a dar un gran banquete, al que ella no había sido invitada. ¡Tenía tantas ganas de divertirse!

¿Cuál era ese hechizo molesto y perverso que se le ocurrió? Que la ropa de la gente fuera sólo de un color, de color negro, para confusión de todos. Quería disfrutar a costa de la preocupación de sus vecinos. Los colores no se dejarían ver. Cada vez que se tiñeran las lanas de ovejas, las telas de lino, las prendas de hilo, estas se volverían negras. Ni azul, ni amarillo, ni rojo, ni verde. ¡Todo sería negro! La bruja pensó que



una manera de romper este conjuro podría ser si en esa gran fiesta todos los asistentes estallaran de risa a la vez. Pero también llegaría a romperse con alguna otra acción, que después pensaría. Tenía tiempo y soledad suficiente para imaginar muchas picardías.

Surtiendo ya efecto el hechizo, el pueblo, de golpe, pareció de luto. Todo era más triste. ¡Tan misterioso! ¿A qué se debería tanta transformación?, se preguntaban todos. Cuando descubrieron que Nimuí estaba detrás de tanto pesar, la preocupación aumentó porque sabían que era muy eficaz haciendo esas travesuras. Muy pronto, en esa aldea, Celine cumpliría quince años. Y se iba a celebrar con toda su familia y sus compañeros de estudios. (La fiesta a la que Nimuí no había sido invitada). Esperaban que fuera un agasajo maravilloso e inolvidable. Se comenzó a preparar en un salón muy especial, en donde se comerían los manjares más sabrosos y se bailarían melódicos vales.

La familia de Celine se preguntaba: ¿cómo lograrían mantener blanco el traje de la quinceañera; rojo, el de su madre; verde, el de su abuela? El secreto estaba en romper el hechizo. Pero, ¿cómo lograrlo? ¿Acaso con el beso de un príncipe? “¡¡¡Noooo!!!”, se escuchó gritar ante la ocurrencia al papá de Celine. “¿Diciendo palabras de atrás para adelante?”, se preguntó la mamá de la niña. ¿Acaso el abracadabra podía surtir efecto? No, no sería tan sencillo.

Con intranquilidad, la familia se sentó a pensar, con el televisor apagado, para concentrarse mejor. Pensó y pensó, en el almuerzo, en la cena, hasta en el cine, entre pochoclo y pochoclo. Pasados unos días, agotados de no imaginar contrahechizos posibles y con el cumpleaños ya cercano, decidieron que lo mejor era visitar a la mismísima bruja para pedirle personalmente, por favor, que deshiciera ese encantamiento tan oscuro.

En lo sombrío y húmedo del bosque encontraron a Nimuí, la misteriosa bruja, aislada, aburrida y bastante desaliñada. Su cuerpo era desproporcionado, como era de suponer, encorvada, con penetrantes ojos saltones y una enorme nariz aguileña. Un gato negro ronroneaba a sus pies. Vivía en una pequeña y sombría choza, en donde nadie podía entrar, a fin de proteger su antiquísimo libro de hechizos. Así que ella salió, bastante curiosa e intrigada ante la imprevista visita. La familia de Celine era numerosa (contando con que, además, los acompañó hasta su abuela). Comenzaron a saludarla de a uno, dándole la mano, hasta que le tocó el turno a la abuela de Celine. Cuando

estuvo cerca de la bruja Nimuí, la abuela sintió frío y pensó que la bruja también tendría frío, entonces, sin más ni más, le salió darle un abrazo.

Cuando le dio ese abrazo, la bruja se reblañeció de la emoción. Hacia miles de años que nadie le demostraba afecto. En ese mismo y preciso instante el hechizo se deshizo, y todo lo que era color negro se transformó en su color original. Con la alegría de recuperar los colores, la familia siguió adelante con la preparación del banquete. Por supuesto, la bruja Nimuí fue invitada a la fiesta, para evitar nuevos desastres.

De más está decir que el festejo de los quince años estuvo fantástico. Sus mejores amigas, Delfina, Maite, Clara y Sofía, se sacaban selfis con Celine. Todos lucían elegantísimos, comieron mucho, se rieron a más no poder y bailaron incansablemente. Había un príncipe azul rondando, pero no sabían si se trataba de un nuevo encantamiento de Nimuí o de un chico que se filtró en la fiesta sin invitación. Y las dos brujas, digo, la abuela de Celine y la bruja Nimuí, bailaron toda la noche, claro que, descalzas, porque los tacos aguja ahora ya no les resultaban tan cómodos.

EL OSO ANTONIO

El oso Antonio tuvo un sueño precioso. Soñó que sus amigos Winner y Arturo venían a visitarlo. Juntos se irían a recorrer el mundo. Comenzaron a preparar las mochilas. En ellas pusieron gorros, bufandas, guantes y zapatos para la nieve.

En especial, querían conocer el Ártico. Y hacia allá partieron. Les costó mucho encontrar quien los llevara, porque estos amigos eran tres enormes osos polares, vestidos con anteojos, gorritas visera y muchos dientes a la vista. Puro sonrisas. Por suerte un camionero, que tenía que hacer un largo trayecto hacia el norte, los subió, dando así comienzo a su largo recorrido.

Varias veces cambiaron de transporte, hasta que un barco, en el canal de Panamá, prometió que podía dejarlos en la puerta de aquella masa helada a la que



esperaban llegar. Cuando el barco llegó a un muelle pesquero del Ártico, llamado Nunavut, la gente que estaba en ese lugar se asombró tanto al verlos que aplaudió entusiasmada. Bajaron en ese pequeño puerto. Antonio, Winner y Arturo esperaban ver todo cubierto de nieve. Pero era verano. Y en ese pueblo pegado a la costa encontraron jardines con flores y árboles.

Con sus mochilas, sus anteojos y su entusiasmo, comenzaron a caminar, esperando ver pronto el paisaje soñado: nieve, mucha nieve y un mar lleno de peces. A los tres amigos les gustaba un montón caminar. Les llevó mucho tiempo llegar a esos sitios nevados. Una mañana, cuando estaban despertando, una nevada liviana los sorprendió.

Para festejar tanta felicidad, hicieron bolas de nieve y así jugaron largo rato, arrojándose las, rodando sobre la nieve, disfrutando como chicos.

Sintieron hambre. Les pareció oler a pescado, su plato favorito. La felicidad era plena. Estar con amigos, sentir la nieve, viajar. ¿Qué más podían desear? Fue en ese momento que Antonio sintió que estaba

transpirando. ¿Cómo era posible?

Antonio abrió los ojos. Vio el agua turbia de su pileta, la pared de cemento que lo aislaba de los otros animales del zoo y del mundo. Era un caluroso día de verano. Todo había sido un sueño. Unas lágrimas calientes rodaron por el rostro de Antonio. Sólo había tenido un sueño. Hermoso e inalcanzable.

Se dio vuelta pesadamente en su camastro de cemento e hizo un esfuerzo por dormirse nuevamente y retomar el sueño. Ese sueño en que conocía la nieve junto a sus amigos. No le costó mucho. En este nuevo



sueño se reencontró con Winner y Arturo. Después del desayuno, comenzaron una larga caminata siempre hacia el norte. Justamente, en ese trayecto y para su alegría, encontraron a una familia de osos compuesta por un padre, la madre y sus tres bellas y jóvenes hijas. Todos de la misma raza y curiosos como ellos.

Los tres amigos pensaron que ya era el momento oportuno de formar sus propias familias. De tener hijos y demostrarles que aún eran cazadores. Y sucedió como por arte de magia. Antonio se zambulló en el agua y sus dos oseznos fueron a colgarse de su hombro para aprender a nadar. En aquel momento, tomó una decisión muy importante. Decidió permanecer por siempre en ese sueño, ahí en el Ártico, su lugar en el mundo.

UN CUMPLE MÁGICO

Celine saltaba con una pierna sobre las piedras de la vereda de la casa de su abuela. Irregulares, grandes, deformadas, esas piedras le brindaban quince metros de un juego rústico, muy parecido a la rayuela, alegre, divertido. Con una pierna, primero, luego con la otra, Celine, una espiga de nueve años, reía distraída mientras saltaba.

Hasta que, de pronto, cuando pisó una de esas piedras, una muy grande, que tenía forma de cara de ogro, se transformó en una puerta, como la que tienen los sótanos. Por una especie de túnel del tiempo, Celine se deslizó hasta llegar, increíblemente, hasta una playa de veraneo.

Patinó como en un tobogán y cayó sobre la arena, frente a la playa. Vio a unos chicos jugando, a familias tomando sol, disfrutando del día de brillante.

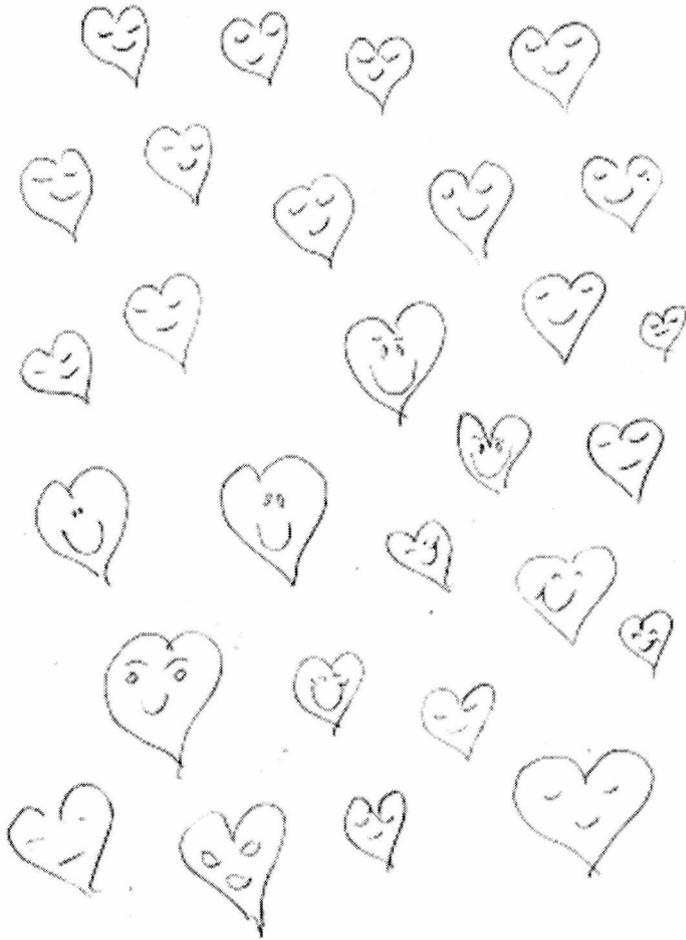
–Ay –dijo Celine, aunque se dio cuenta de que no sentía ningún dolor. Con un saltito se puso de pie.

–¿En dónde estoy? ¡Mamá, papá, abu! –llamó a gritos. La gente la miró y todos se dieron cuenta de que había una niña perdida en la playa. Como es tradición en estos casos en las playas, un hombre, grandote, corpulento, la tomó de los brazos y la sentó sobre sus hombros, poniéndola a buena vista del público. Para este momento ya todos estaban interesados en ubicar, de alguna manera, a la familia de Celine. Aplaudían rítmicamente, como se hace siempre que se pierde un niño en la costa.

–¿Cómo te llamas? ¿Tenés sed? ¿Tenés hambre? –Todos se preocupaban, ofreciéndole algo para consolarla y hacerle más llevadero el momento que estaba viviendo.

Celine los miraba y, más que nunca, sus hoyuelos se marcaban en la carita sonriente, que disfrutaba muchísimo de tanta atención.

Dieron vueltas a lo largo de toda la playa, ella, al frente de la gente, agrupada como en una marcha, sobre los hombros del fortachón. Mientras seguían so-



nando los aplausos en forma rítmica, como una mur-
ga de carnaval.

De pronto, Celine recordó que era el cumplea-
ños de su abuela, y que el momento de cortar la torta

se acercaba.

—Tengo que volver —pensó, y, así como si hubiera pronunciado una frase mágica, se encontró sentada en esa misma piedra de la vereda de su abuela, por donde había desaparecido.

—¡Celine! ¡Vamos a apagar las velitas, vení adentro! —llamó su mamá.

Celine se quedó pensando en lo sucedido. “¿Me caí? ¿Me golpeé la cabeza? ¿Me dormí?”. Pero no se asombró mucho, porque a ella le sucedían cosas mágicas todo el tiempo. Además, la playa era uno de sus lugares favoritos.

Entró a la casa de su abuela y con sorpresa escuchó que ella la llamaba desde su habitación.

Cuando fue, la abuela estaba disfrazada ¡de bruja! A ella la esperaba un vestido de Cenicienta. Su abu la ayudó a cambiarse, le pintó los cachetes y la boquita. Celine se reía, miraba la risa de su abuela a través del tul negro del gorro de bruja. Sus primas y su hermanita ya estaban cambiadas. Cata, de Blanca Nieves; Jazmín, de la Bella; y la más chiquita, Melina, de angelito.

Juntas las cinco salieron de la habitación, para

apagar las velitas de la torta. Nicolás, su hermano mayor, no se disfrazó, porque ya tenía ¡catorce años!

En ese momento sonó el timbre, (que era Bruno, ladrando desesperado). Todos fueron a la puerta.

Traían un ramo de rosas para la abuela. ¡Qué alegría!

A Celine le pareció que quien entregaba las flores era el hombre corpulento de la playa. Este le hizo un guiño y le apretó un poquito los cachetes sus dos dedos.

El ramo traía una tarjeta que decía: “Gracias por creer en la magia. Merlín”.

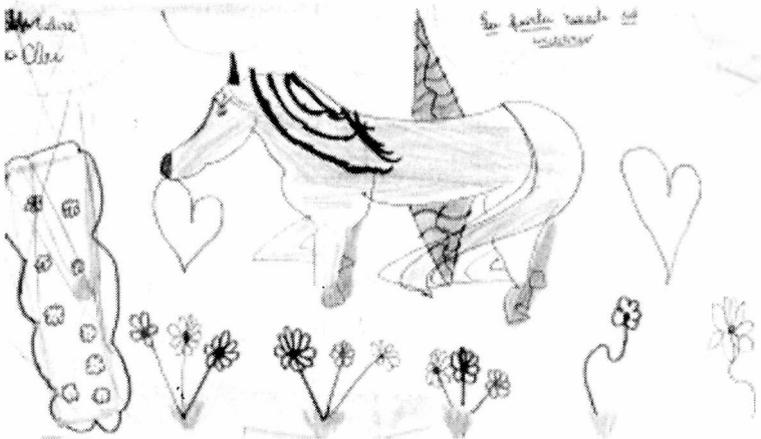
Entonces todos entraron a la casa para seguir festejando el cumpleaños. Los grandes brindaron con champagne.

Fue en ese instante que se le escuchó decir a Celine, vuelta a ser una niña común y corriente:

—¡Mamá, papá, Nicolás está tomando champagne!

LOS PAPELITOS DE DOÑA ARDILLA

En lo más alto del más alto pino del bosque, dominada por la curiosidad, vivía Doña Ardilla, sola, tratando de pasarla lo mejor posible. Anotaba todo en cuanto papel podía encontrar. Cada cosa que le decían, cada película, cada libro recomendado, ella anotaba. Anotaba frases célebres que los animales decían por ahí, las frases osadas de sus hijos y las frases inte-



ligentes de sus nietos.

Ella tomaba nota. Hasta que un día se dio cuenta de que su hogar estaba lleno de papelitos. Los cajones de los muebles no daban abasto para guardar tantos escritos. Las cajas de cartón que le traían con las provisiones estaban llenas. Las sillas, la biblioteca. Toda su casa invadida por las anotaciones que casi nunca volvía a leer, porque cuando quería hacerlo no encontraba nunca justo ese papel que necesitaba. Las agendas se apilaban, y eso que trataba de usarlas dos años seguidos.

Fue así que un día de sol maravilloso, algo extraordinario se le ocurrió. Compró muchas barras de adhesivo y comenzó a empapelar su casa. Todos los papeles que tenía alcanzaron suficientemente para que las paredes quedaran cubiertas. Cuando esa tarea se terminó, Doña Ardilla se sentó en su sillón favorito a descansar y tomar un rico té de arándanos. Así quedó a la vista el número de teléfono de su amiga Tita, la fecha de cumpleaños de Porota, la lista de materiales que dejó el electricista, las películas recomendadas para el fin de semana. Además, cosas que no recorda-



ba haber escrito.

En los papelitos de todos los colores estaba la dirección de un negocio de juegos didácticos, una fórmula mágica para el resfrío, las propiedades del limón, los beneficios de la meditación y muchísimos y entretenidísimos mensajes más.

Cuando terminó su té, se levantó y se dio cuenta de cuánto espacio libre había ahora en la sala. Entonces buscó un lápiz y un papel y empezó a hacer una lista de invitados para festejar su cumpleaños. Sólo faltaban tres meses. Quería agasajar a todos con sabro-

sos manjares. Así que luego tomó otro papel, y en ese inició la lista de las compras. En el siguiente papel anotó qué ropa se iba a poner en ese día tan especial, luego hizo una lista de deseos cumplidos y otra de deseos a cumplir.

Alguien golpeó a la puerta de Doña Ardilla, que estaba concentrada escribiendo y releendo sus listas nuevas. Era su vecina Gorrión. Le venía a pedir que vigilara su nido porque dejaba a sus pichones solos, que enseguida volvería. Doña Ardilla sonrió y agradeció la interrupción. Dejó los papelitos y se quedó mirando atentamente hacia el nido de sus vecinos. Todo estaba tranquilo. La mamá Gorrión regresó y le dio las gracias.

Doña Ardilla volvió a prepararse un té. Esta vez, de naranja y frutos rojos. Mientras, repasaba mentalmente la receta de la torta de su nuevo cumpleaños, de nueces, avellanas y miel, que por supuesto, anotaba con esmero.

Fue en esa reunión que sus amigos descubrieron que Doña Ardilla no podía dejar de anotar y registrar cada minuto de su vida. Cuando se retiraron, después

de apreciar sus deliciosos bocados, entre saludos y más saludos, sus amigos, encantados por el empapelado tan particular, llamaron a una revista de ideas para decorar casas.

Doña Ardilla se sorprendió una mañana con los flashes de las cámaras. Gracias a sus amigos, había logrado poner de moda la idea de decorar con papelitos escritos las paredes del hogar. Ahora tiene muchos pedidos de todas partes del bosque para que ella les lleve sus papelitos y los pegue con mucho arte.

El té la espera en la mesita. Dispone de una caja de papel y otra de lapiceras para realizar su tarea. Ella, con oficio, escribe y escribe, esta vez sin acumular los papeles en su hogar, allá en lo más alto del más alto pino del bosque.

LOS PATITOS CRUZARON LA AUTOPISTA

La familia de patos maiceros había recibido muy feliz la llegada de sus nueve patitos recién salidos del cascarón. Mamá pata los acariciaba con su pico amorosamente, tratando de que tomaran fuerza y comenzaran a caminar.

El nido quedó lleno de cáscaras vacías. A la semana de nacidos, la familia iba a iniciar su primer paseo en grupo. ¿Adónde los iban a llevar mamá y papá? Papá pato sabía que cruzando la ruta había un arroyo en donde todos se podrían bañar. ¿Qué mejor inicio para los patitos que un refrescante baño de verano?

Papá pato era muy prudente. Todos, con la cabeza asomada al camino, espiaban esperando a que el tránsito vertiginoso de la mañana les diera una oportunidad para cruzar. Papá pato les anunció: “Cuando les diga: ¡ahora!, cruzamos todos juntos, sin detenernos, a

toda carrera”. Y llegó el momento. Los autos no se veían. Papá pato dio el aviso: “¡Ahora!”. Todos los patitos, más la mamá pata en la retaguardia y el papá pato al frente del grupo, comenzaron a cruzar, graciosamente, sobre el cemento caliente de la autopista.

De pronto, un colectivo que se acercaba velozmente detuvo la marcha frente a ellos, cediéndoles amablemente el paso. Los pasajeros del colectivo contuvieron el aliento por el inesperado encuentro. Como premio, cuando las aves lograron superar con éxito la autopista, todos los pasajeros aplaudieron al chofer por su conmovedora decisión. Las aves miraron con curiosidad hacia el colectivo, ante el alboroto. No esperaban llamar la atención. Preferían pasar desapercibidas.

Por fin el arroyo estaba frente a ellos, generoso y sereno. La mamá pata le dijo entonces al papá:

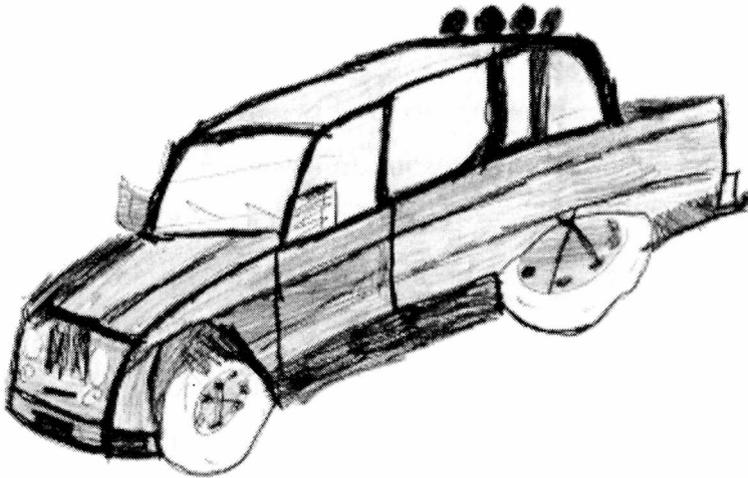
–Me encantaría que nos quedáramos a vivir cerca de este arroyo, hasta que nuestros hijos aprendieran a volar. No todos los días nos aplaudirán al cruzar ese camino.

–Sí, vamos a quedarnos acá. Además de la sombra y el agua, de cuantos caracolitos, lombrices y pastitos tiernos disponemos.

Entonces el papá, agitando las alas, dio la buena noticia:

–Hijitos, a partir de ahora este será nuestro nuevo hogar. ¡Y para festejar, todos nos daremos un fresquísimo chapuzón!

A la nohecita, cuando los patitos se arrimaron unos a otros para dormir, mamá pata les contó un cuento. Uno que a ella le contaba su mamá cuando era pequeña, que a su vez se lo había contado su abuela,



que del mismo modo recibió el relato de su bisabuela y que quién sabe desde cuándo se lo conocería. Un cuento que casi todos los niños han escuchado.

Comenzaba así: “Había una vez una pata que tuvo unos bellos patitos, en un maravilloso lugar. Entre todos sus patitos, que parecían capullitos de algodón de color amarillo, había uno que era distinto, un patito al que casi todos se atrevieron a llamar: Patito Feo”... Pero no se pudo terminar esa noche con el relato, porque todos los patitos se durmieron calentitos, apretujados, bajo las suaves alas de mamá y papá.

UNA PULGA INQUIETA

Así le decía su maestra a Emmita. Fue merecedora de ese apodo porque era la más chiquita del grupo del Jardín Maternal Dulces Caritas, en cuanto al tamaño. Pero ni bien llegaba al Jardín, según sus seños Guille, Tama y Moni, se ponía a hablar como loca ¡y no la paraba nadie! ¡Todo el día cantaba “Libre soy” y bailaba! ¡Jugaba, cantaba, sonreía todo el díaaaaa! Todos los días disfrutaba de todas las propuestas. Todas eran aventuras para ella.

Pero... al llegar la hora de comer, estaba tan agotada que muchas veces masticaba con los ojitos cerrados. No quería dejar de comer, es que llegaba realmente rendida. La seño Guille le hacía upa porque Emma ya se dormía sentada.

Un día Emma tuvo que dejar ese Jardín maternal para ingresar a otro. Compañeritos y maestras nuevos,



que no dejaron que su buen humor, intensa energía y creatividad se redujeran.

Para el día del padre, se realizó un spot para agasajar a los papis y ella participó, con su dulzura, del mensaje: “Papá se llama Manuel. Siempre le gustan mis abrazos. Le voy a hacer un dibujito de regalo”. Bueno, ¡qué decir de las lágrimas de emoción de todos quienes la aman!

Al llegar las vacaciones, ir de las abuelas era otra aventura. Esa vez que le tocó una pijamada con sus primas, Emmita quería jugar con las almohadas y di-

vertirse mucho.

Una vez que estuvo con su mamá, le contó que en la pijamada de la abuela hubo una sola actividad: contar cuentos. La abuela lucía orgullosa el regalo que le había traído. Era un dibujo realizado en un cartón blanco lleno de corazones, mariposas, un dinosaurio, dos gatitos y la abuela misma. Una obra de arte que ubicó en el atril del comedor.

Emma se ingenia en alcanzar sus objetivos. Si tiene que llorar para lograrlo, llora. Entonces su hermana y sus primas le cantan: “Se viene el hermanito, se viene el hermanito”. Todo pasa una vez que triunfó. Una fórmula que más de uno aplicaría, los resultados son inapelables.

Cuando cumplió los cuatro añitos, Emma lucía un vestidito con muchos volados. Cuando la abuela le preguntó cuántos cumplía, ella dijo: “Esperá que le pregunto a mi mamá. Mamá, ¿cuántos años cumplo?”. “Cuatro, Emma”. “Cuatro, abu”. Cuando la canción del cumple feliz terminó, ella apagó las velitas, mirando sonriente a todos. Siguieron llegando invitados. En la casa había chicos en triciclo y en bicicleta, jugando

a la pelota, armando rompecabezas. Los grandes, comiendo y tomando algo fresco, por el calor intenso. Emma le daba de comer chizitos en la boca a su prima Juliana. Y le contaba que había recibido muchos regalos.

Esa noche, cuando ya casi se dormía, las lucecitas pequeñas de la habitación le recordaban que las vacaciones seguían, y que jugar todo el día, saltando de un lugar a otro, era todo lo que tenía para hacer una pulguita inquieta en el verano.

REUNIÓN EN LA ESQUINA

Hace mucho tiempo, en realidad, no tanto, fue después de fin de año. Bueno, no hace mucho, en un lugar no tan lejano, más bien cerca, cerquita. En mi barrio, sí, ocurrió que en mi barrio, a la hora de la siesta. Los chicos en vacaciones tienen poco que hacer para entretenerse. Es decir, para no aburrirse, de no ir a la escuela, a los cumpleaños. En fin...

Algunos tienen compu, pero no todos. Otros tienen pileta. Son muchos a los que les gusta estar en la calle, andar en bici, en patineta. Pero esa vez, esa vez que les quiero contar, esa vez sí que encontraron entretenimiento. Se les ocurrió formar una murga. Algo digno de aplauso, de felicitación, de...

Pero, ¿a la hora de la siesta, una murga? No sonaba muy bien. Sí, sonaba bien, lo que quiero decir es que podía resultar molesto para el que descansaba a

esa hora. Casi diría, un tormento. A los chicos eso no les preocupaba, porque no lo sabían. ¿Qué? Eso, que los adultos a la hora de la siesta llaman descansar. Los chicos querían armar una murga, con la que se presentarían en el carnaval de la ciudad.

Con elementos caseros, al principio, una bandeja olvidada en el fondo de la casa, una lata de dulce de batata pedida a una abuela y muchas ideas más, fueron creando timbales, tamboriles y bombos. Todos los elementos de percusión propios de una comparsa. El chico que pudo tener un instrumento legítimo se lo pidió con tiempo a Papá Noel, o a los Reyes.

El ensayo empezó en los primeros días de enero, justamente cuando los vecinos decidieron reunirse para ponerle fin al bochinche, digo, a la situación. ¿Cómo hacer callar a un grupo de niños, tranquilos, inocentes, que sólo querían hacer de ese tiempo algo entretenido? La reunión ahí, en la esquina, al lado del cartel: “Prohibido arrojar basura” fue un poco desordenada. Todos hablaban a la vez. Y sabemos que, si no escuchamos a los demás, los demás no nos escuchan.

Uno de los vecinos, entonces, convencido de que



por ser mayor iba a ser respetado en su opinión, comentó a todos, en voz alta:

–Vecinos, sabemos que todos queremos que nuestros niños se diviertan. Que esa diversión sea sana. Sin molestar a nadie, en lo posible. ¿Qué tal si a la hora en que ellos quieran ensayar, algunos de los papas los acompañan hasta el campito, en donde termina nuestro b̄arrío? Ellos meten ah́ todo el ruido que quie-

ran. De paso, si fuera posible, empezarían a encontrar la armonía justa, para que sea una murga más acompañada, digo, no sé.

–Sí, muy buena idea –dijeron los demás vecinos.

Fue así que, llegando a ese acuerdo, todos los días, después de comer, casi quince chicos corrían al campito con sus instrumentos. Pasó enero. El carnaval estaba próximo. Con algunos padres, los chicos del barrio se inscribieron para intervenir en el corso los dos días de carnaval.

Pensaron con qué nombre anotarían a su murga. Le pusieron “Siesta Murguera”. Algunas mamás cosieron los trajes brillantes, color verde y rojo, para los chicos, que estaban entusiasmadísimos por el apoyo barrial.

Y... ¿Qué pasó el día del debut de nuestros chicos?

Los vecinos del barrio eran los que más aplaudían a la murga “Siesta Murguera” en el momento de la votación. Igualmente hubo premio para todas las murgas infantiles que participaron. Los chicos, muy felices, recibieron un gran premio para compartir entre

ellos: una pelota de fútbol.

Terminado el carnaval, los chicos salieron en tropel a estrenar la pelota en la calle, a la hora de la siesta, llenos de alegría, de energía, de entusiasmo... Sonoros gritos y risas inundaron al barrio. Y en ese momento, sí, en ese momento, parando la pelota con un pie, se le escuchó decir a un vecino:

–Un momento, un momentito, vamos a llamar a los demás vecinos para una reunión en la esquina...

EL OSO DE AGUA LLEGÓ AL JARDÍN

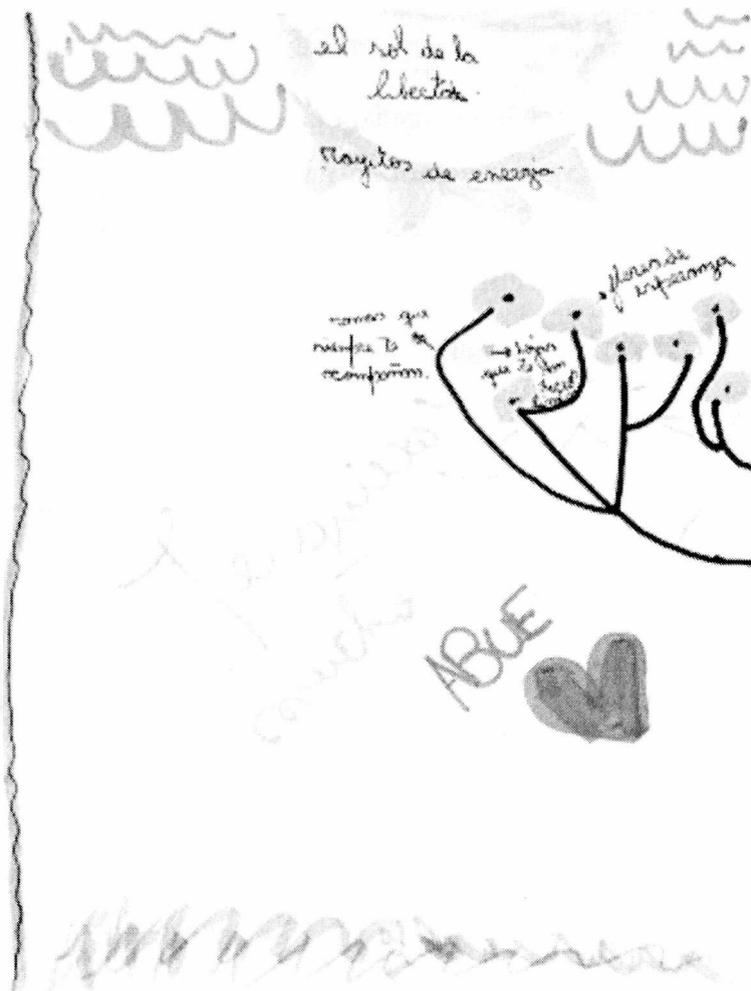
Jazmín tenía que realizar un trabajo práctico para Biología. Se trataba de encontrar un animalito que no fuera muy reconocido, que no se pudiera domesticar pero que viviera entre nosotros, sin molestarnos y sin ser molestado. Contar sus costumbres, su hábitat.

Claro, pensó, perros no, gatos no, dinosaurios no, caballos no. “Ay, Dios, ¿qué puede ser?”. A la noche, consultando internet y viendo unas enciclopedias muy ilustradas, comenzó con su investigación.

En el momento en que creyó que su trabajo no iba ser lo interesante que ella quería, en una nota del diario que estaba sobre la mesa leyó: “Los seres invisibles que nos rodean”. Leyó detenidamente la nota. De esa manera descubrió, al fin, un animalito para dar a conocer a sus compañeros y maestra de 6° de primaria.

Tardígrado u oso de agua es un microorganism-

mo que sólo se puede ver a través del microscopio. “¡Sí!”. Tardígrado, su nombre propio y su sobrenombre: Oso de agua. “¡Menos mal!”. Leyó y copió desde



cuándo existe, qué come, cómo convive con la gente y con los otros osos de agua. Lo pudo fotocopiar, le dio algo de color para agradecerlo, porque no era muy bonito. Cerró la carpeta y ya era hora de ir a dormir. Mañana la seño le indicaría si esa tarea estaba completa o si le tenía que agregar algo más.

Mientras se acostaba, apoyando ya la cabeza en la almohada, Jazmín se imaginó ese mundo pequeñito, minúsculo, que sólo se ve con microscopio y en las clases especiales de Ciencias Naturales de la escuela.

Recordó que los osos de agua sobrevivieron a los viajes espaciales, que pueden estar mucho tiempo sin respirar y sin comer, soportan el frío intenso y el calor abrasador.

Están en el musgo del jardín, en las arenas del desierto o en el espacio, sí, en las nubes mismas. En todo el planeta. Aunque prefieren los bosques. Ahí están los líquenes, su alimento preferido, quienes les señalan la pureza del aire. El viento es su medio de transporte.

Jazmín parpadeó varias veces. El sueño llegó. Sobre su mesa de luz descansaba también su celular.

Pasaron unas horas. De golpe el celular sonó con su timbre musical. “¿Quién puede ser a esta hora?”. Tomó el celular y vio que en lugar de identificar la llamada con una persona, un Oso de agua se movía por la pantalla con un pesado andar. “¿Cuándo agregué esta aplicación?”. ¡Parecía un animal extraterrestre! Sus ocho patas parecían garras, impresionantes, increíbles. Le pareció que el tardígrado daba una lenta vuelta carnero. Un nuevo tintineo en el celular y este se apagó.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Jazmín recordó al Oso de agua y se dijo: “¡Qué sueño tan real!”. Cuando estaba en clase, la maestra comenzó a escuchar a los alumnos y ver las carpetas con todos los trabajos que pidió. Tanto la seño como sus compañeros no podían creer en la existencia de ese bichito casi desconocido, invisible, silencioso y muy lento. La felicitación por su trabajo no demoró en llegar: “Sos muy buena alumna Jazmín, te felicito”, dijo la seño.

Esa tarde, con la llegada del fin de la primavera, un sol apacible y un frío escaso, Jazmín se sentó en el jardín de su casa para observar el césped reluciente. Ahora sabía que allí entre esos pastitos y cascotitos

de tierra había numerosos e invisibles tardígrados durmiendo, comiendo, tal vez mirándola, a la espera de un microscopio que los convirtiera en visibles. No iba a pisar el césped. Por las dudas.

ÍNDICE

| |
|---|
| UN RECREO DE DOS CUADRAS / 9 |
| CUENTO CON FINAL FELIZ / 13 |
| EL MOSQUITO QUE SALIÓ EN LA TAPA DEL DIARIO / 19 |
| EL OSCURO HECHIZO DE NIMUÍ / 25 |
| EL OSO ANTONIO / 31 |
| UN CUMPLE MÁGICO / 37 |
| LOS PAPELITOS DE DOÑA ARDILLA / 43 |
| LOS PATITOS CRUZARON LA AUTOPISTA / 49 |
| UNA PULGA INQUIETA / 53 |
| REUNIÓN EN LA ESQUINA / 57 |
| EL OSO DE AGUA LLEGÓ AL JARDÍN / 63 |

Este libro fue impreso en Prynco,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
con una tirada de 100 ejemplares,
en noviembre de 2017

Otras obras publicadas por
Ediciones Hespérides

Colección La Campana de Fuego

Bosque de abondras. Antología poética 1958-2017
Graciela Maturo

Colección La Puerta del Príncipe

Cuentos desopilantes para mentes desafiantes
Jorge Gregorio Argote Sánchez

Colección La Montaña Mágica

Alma. Amor en la tormenta
Valeria Naya

Colección La Zapatera Prodigiosa

Ulán Bator
Alejandro Mateo

Colección El Arco y la Lira

Filosofía y megaminería
Mercedes Centena

**Premios Concurso Internacional
Hespérides de Cuento y Poesía**

Mandatos (Cuento)
Carlos Gurini

Busco un agua (Poesía)
Amalia Mercedes Abaria



La lectura es una herramienta mágica que les permite a los niños avivar su imaginación y cuestionarse los relatos que los mayores les acercan, permitiendo que su curiosidad viaje a mil. Aventuras, misterios, cuentos, leyendas, poemas, historietas y más son sus elementos. Mi intención, y mi recomendación como promotora de lectura, es que los más chicos lean, que lean todo; es más, que no dejen nada sin leer. Porque ese hábito se hará costumbre, y su pensamiento será crítico. Esa costumbre será necesidad de saber, de conocer, de elegir, de decidir. Para un niño lector el aburrimiento no existe. Y un niño lector será un adulto libre.



ISBN 978-987-1844-43-2



9 789871 844432

